

—Yo voy en eso toda de mañol— como
 en la escuela salda y leuñda
 —Por Dios, leuñda, exclaimo, María
 —Pues va el hijo mío. Ni me place que
 hablo ande entre bastidores, ni está la María
 libera para talesas, ni para diompos. Japo
 neces. Pablo vino á México á trabajar, no
 á conser. tiple.
 —Yo me refiero á Juan...—advirtio
 —En primo puede castarse lo que que
 pero no debe castarse á tu hermano
 para los caminos por donde él transita.
 —Juan?
 —Diosmos esa hoja!



—Mi señora doña Carmen:
 —Ya me tenía enojado. Hace más de dos
 meses que os fuisteis á vuestra Babilonia,
 y no habías sido para escribir cuatro letri-
 tas á este pobre anciano. Pero te perdono el
 olvido en que me habeis tenido, por aquello
 de nuestro P. Ripalda, de que no perdona
 Dios al que á otro no perdona.
 —Te agradezco que hayas ido á visitar á
 la Indita en nombre mío, y harás bien en
 visitarla frecuentemente.
 —Celebro que estéis bien instaladas en Ta-
 cubaya. Allí vivireis más tranquilamente, lo
 cual os conviene mucho á todos.
 —Nada me dices de los muchachos. Un
 pajarito es quien me ha contado que Pablo

está empleado en el despacho de su tío, y que Ramón se pasa los días subiendo y bajando. Santo y bueno que el muchacho se cíviera; pero cuida de que no se aficione á perder el tiempo. Procura que, mientras llega el nuevo año, se ocupe en algo de provecho. La ociosidad, ya lo sabes, es enemiga de todas las virtudes, y una gran ciudad, como esa, tiene mil peligros para la inexperta mocedad. ¿En qué sendas extraviadas anda Pablo? Te digo esto por algo que leí en un periódico. Ya sabes que yo hago diariamente el sacrificio de leer los periódicos, para saber lo que pasa, y aunque ciertas cosas mundanas no me interesan, suelo leer lo que se refiere á teatros y demás pompas de Satanás, y en no sé qué papel leí que mi señorito don Pablo, en compañía de su primo, se permite regalar objetos de lujo á las "divas" de la zarzuela. Apártale de esos caminos, y cuida de que no pierda sus buenas costumbres. Recuerda lo que tenemos hablado acerca de ciertos individuos. Cuida también de que esos muchachos frecuenten los Sacramentos. Allá está el buen P. Cangas á quien los tengo recomendados. Dí á Ramón que vuelva á leer el "Pilatillo" del P. Coloma. Que Pablo lo lea también. Será excelente el provecho que han de sacar de ese librito.

"Supe por un periódico francés el fallecimiento de Mme. Surville (Q. S. G. H.)

y no me he olvidado de ella en la santa misa. Te doy el debido pésame. Con el dinero que ella os ha dejado, podreis tener más tranquilidad, y vivir, (¿cómo diré?) de manera más independiente, sin necesitar de nadie. Con eso, y con lo que Pablo, (siempre que siga por el camino recto, el que corresponde á un joven católico) pueda ganar, la vida os será más fácil. Procura arreglar eso del legado de tu cuñada. El cambio sobre Europa está muy alto, y casi duplicarás el capitalito ese.

"Dí á esas niñas que en sus oraciones no olviden á este pobre viejo.

"Saluda al Sr. Dr. Fernández, y que Dios misericordioso os bendiga y proteja.

P. Anticelli, S. J."

En los momentos en que doña Dolores acababa de leer la carta anterior, se presentaron Juan y Alfonso.

—¡ Buenas tardes, tía!

—¡ Tía, buenas tardes! Venimos por las muchachas. . . . ¿Andan de paseo?

—No, Juan;—contestó la dama—pronto estarán aquí.

—Quiere María. . . .—dijo Alfonso—que las llevemos. . . . Comerán en casa, y esta tarde, después del paseo, vendremos á dejarlas. . . .

—Ya sabes, Alfonso, que me es grato el que las niñas vayan á casa de ustedes. . . .

pero es preciso que sepan que esta noche llegará de Pluviosilla una amiguita suya, á quien deben esperar en Buenavista....

—Bueno, tía.... Eso no es un obstáculo para que nos acompañen á comer.... Maria necesita hablar con Margot respecto de la Opera.... —dijo Alfonso—papá insiste en que vayamos todos: nosotros y ustedes.... Hoy le llevaron una platea, y asientos de orquesta para nosotros, para Pablo y para Ramón.

—Hijos míos: á decir verdad, yo no quiero que las muchachas vayan á la ópera. Piensen que estamos de luto. Ustedes, los hombres, tienen pocos escrúpulos. Si Carmen y Maria van, que vayan.... pero nosotras no pondremos un pie en el teatro.

—¡Tía! ¡Qué cosas tiene vd! ¡Preocupaciones sociales!.... Piense vd. que mi tía Eugenia murió en París, esto es, á miles de leguas distante de nosotros.

—Para el corazón no hay distancias, Juariño! ¿No es cierto, Alfonso?

—Sí, tía.

En ese instante llegaron las señoritas.

—¡Venimos por ustedes!—exclamó Juan, adelantándose á saludar á la ciega.

Alfonso, sin decir palabra, dió la mano á Margarita.

—Estos muchachos vienen por ustedes.... pero les he dicho que.... ¡Lee ese mensaje!

Y alargó á la joven una hoja de papel amarillo, doblada en cuatro.

—¡Lena!—dijo la blonda señorita.—Esta noche llegará Conchita Mijares.... Pues, amigos míos, queridísimos primos,.... ¡No podemos ir! Cuando regresen ustedes, me harán favor de decir á Pablo que venga por nosotros para que vayamos á recibir á esa señorita....

—No;—replicó Juan en tono casi imperioso—no, señorita, porque Pablo comerá hoy conmigo.... Tú y Lena se irán con nosotros; comeremos juntos en casa; iremos todos esta tarde á dar una vuelta por la Calzada, y después irá vd., prima y señora, á recibir á su amiguita. ¡Así se hará!

Margot consultó con la mirada la voluntad de doña Dolores.

—¡Así se hará!—repitió Juan acariciando á la ceguezuela. Y variando de asunto, agregó:

—Y esa amiguita.... ¿es guapa?

—No es fea.

—¿Es joven?

—¡Diez y nueve ó veinte abriles!

—¿Elegante?

—¡As, así!

—¿Inteligente?

—¡Una artista!

—¡Me gustan las artistas!....

—¡Ya lo sabemos!—exclamó Elena.—

Como que hasta les regalas soberbias alhajas...

—¿Yo?

—¡Sí, tú, primito! ¿Cuánto te costó el brazalete con que obsequiaste hace pocos días á la tiple del Principal?

—¿Quién les dijo eso? ¡Cosas de Pablo!

—No; Pablo no ha dicho nada... ¡Bueno está él para traer esas noticias! El también estuvo obsequioso en ese beneficio—dijo Margot.

—¡No mientas, Juan!—prorrumpió la ciega—¿Te olvidas de que hay periódicos en Méjico?

El mancebo contestó con una carcajada.

—Sepan ustedes el origen de eso. La otra noche, en el teatro, nos dijo Perico Ibarrena: “¿Quieren que los presente á la tiple?” Y dijimos que sí, y subimos al foro. Y... de allí salió que fuésemos á cenar con la artista. En la cena se habló del beneficio anunciado, de los obsequios que se hacen con tal motivo... ¡Y eso es todo!

—¡Y tú, Juan,—replicó Elena—en vez de mandar, sencilla y modestamente, un ramillete, mandaste un brazalete de perlas y esmeraldas!

Alfonso cortó la conversación, diciendo:

—Si hemos de ir... ¡vámonos!

—¡Vayan!—dijo doña Dolores.—Margarita: de la estación para acá... Procuren estar á tiempo en Buenavista, porque esa criatura cuenta con encontrarlas allí!



V. 1. 11



la para ir á su ama:
—¡Al bosque!
El bosque áunq' atrojó las riendas y
agüó la tuerca. Los caballos avanzaron, y el
carro se deslizó una curva y penetró en
el parque.
Cerca del establo una familia proven-
ciana se extasiaba mirando un cisne ne-
gro. Mas allá al pié de la rampa, dos
oficiales de artillería conversaban tranquilamente.
Por allá por el fondo del bosque
se veía un caserío de sitio. El

LII

Al pasar frente á Chapultepec, Juan miró su reloj, y dijo en tono afable:

—Todavía es temprano: Papá no sube de su despacho hasta después de la una y media. Propongo que vayamos al bosque. Damos una vuelta para hacer apetito, que para eso no hay nada como el aire del campo, y luego á casa....

—¡No, Juan! Ya es muy tarde....— dijo Margot.

—Son las doce y treinta minutos... ¿Tú qué dices de lo que he propuesto, Lena?

—Como quieran....

—No, Juan;— insistió, la blonda señori-
ta.

—No; ¡vamos!— contestó el mancebo, mirando á su prima.

Y detuvo el carruaje, y asomándose por la portezuela dijo al cochero que, tirantes las riendas y recogida la fusta, se inclinaba para oír á su amo:

—¡ Al bosque!

El brillante auriga aflojó las riendas y agitó la fusta. Los caballos avanzaron, y el carruaje describió una curva y penetró en el parque.

Cerca del estanque una familia provinciana se extasiaba mirando un cisne negro. Más allá, al principio de la rampa, dos oficiales de artillería conversaban tranquilamente. Por allá, por el fondo del bosque iba muy despacio un coche de sitio. El viento meridiano mecía dulcemente las copas de los ahuehetes, y al pasar susurraba con idílica placidez.

Juan tocó el silbatillo, y el coche se detuvo.

—Daremos un paseo á pie.

Todos bajaron. Elena tomó el brazo de Juan, y Margarita el de Alfonso, y las dos parejas siguieron hacia adelante, paso á paso, y muy cerca una de otra. Pero pronto Juan y su prima se quedaron muy atrás. Observóle Margot, y apoyándose en el brazo del primo le detuvo.

—¡ Espera! —murmuró.

—Vienen detrás de nosotros. Iremos más despacio....

La joven siguió caminando, atenta á lo que su primo le decía.

—Margot: eres cruel conmigo. Enciendes en mi alma amor vivísimo, y cuando te lo confieso y te lo declaro me oyes indiferente y fría. ¿Dices que no me amas? Mientes, prima, mientes! Yo, al mirar tus ojos leo en tu corazón; leo en él que me amas, que me amas con toda tu alma, y que darías algo, más de lo que tú misma piensas, por verme libre de tristezas, y por estar segura de que en mí no quedan recuerdos de otro amor. Oyeme: mis tristezas....

—Tus añoranzas, que así las llamo yo....

—Como tú quieras. Mis añoranzas proceden, no de penas de amor malogrado ó perdido, sino de ciertos anhelos de mi alma nunca satisfechos. Soy un ser necesitado de cariño, sediento de afectos delicados, para quien la vida es ingrata, para quien sería bastante un hogar modesto, lejos de las frivolidades de una sociedad superficial y vana. A qué negarte, Margot, que una esperanza malograda, nivea flor muerta á poco de abrir su corola, ha entenebrecido mi espíritu y ha llenado mi alma de tristeza. Vine á Méjico deseoso de tranquilidad, soñando con dar aquí á mi corazón cansado el reposo que en Europa no encontraría yo para él; y mil veces, á bordo, bajo el espléndido cielo de las Antillas, contemplando el mar sereno que me parecía como sembrado de estrellas, acariciaba yo el pensamiento de conseguir que papá, cediendo

á mis ruegos, adquiriese una finca cerca de Pluviosilla, ó en alguna de las regiones inmediatas, y allí sepultarme en vida, y allí pasar los años, entregado á rústicas labores, á la caza, y á la lectura. Nunca creí que el amor... Prima mía: tu belleza me atrajo; tu bondad me tiene loco de amor....

Margarita avanzaba al lado de su compañero mirando el suelo.

—¿Y quién me garantiza que en ese corazón dolorido, tan gastado por amores tempestuosos, exista un afecto dulce, apacible, como le he soñado yo, como tiene que soñarle una mujer para quien la vida obscura y silenciosa es la más bella, y que ni ambiciona grandezas ni es tan loca que sueñe con esplendor y deslumbrar? ¿Quién me asegura, Alfonso, que ese amor que dices sentir por mí es duradero y profundo?

—¿Quién, Margot? Mi leal y honrada palabra.

—¿Y quién me asegura también que en ese pobre corazón tuyo, tan lastimado y triste, no quede algo de los malogrados afectos?

—¡Soy incapaz de engañarte, Margot!— exclamó Alfonso, en tono suplicante.

—¿Y si tu corazón te engaña? Para mí la felicidad suprema sería reinar siempre en el corazón de aquel á quien entregara yo el mío....

—¿No hay, acaso, en el tuvo—replicó

el mozo vivamente—algo también de pasados afectos?

Margarita palideció, presa de repentina emoción.

—¡Responde, Margarita!

—¡Respóndeme, Alfonso!

Ambos callaban. Por la mente del joven pasó como una visión la imagen de arrogante señorita, en medio del bullicio y de la alegría de una fiesta, como entre un oleaje multicolor, en lujoso carruaje, al finalizar un combate de flores. A su vez la blonda señorita miraba con los ojos del pensamiento la figura de un mancebo pálido, de grandes ojos negros: la de un estudiante casi imberbe, con un libro bajo el brazo.

—¡Respóndeme, prima!

—¡Responde tú!

—Responde.

—Al punto. De aquel amor no queda nada.

—Poco dejó en el mío una ilusión de niña....

Margarita se apoyó dulcemente en el brazo de su primo, y apoyóse trémula, tan trémula que éste advirtió la inesperada agitación de la joven.

A la vera de la calzada y seguido de una muchacha de mal aspecto, venía un mancebo, un joven delgado, endeble, astroso, mal vestido, que al mirar á la blonda y elegante señorita se detuvo un instante: sor-

prendido de aquel encuentro. El joven siguió adelante, como si la mirada compasiva de Margot le hubiese causado espanto.

—Prima mía: ¿eso es lo único que tienes que decirme?

—Alfonso: ¿á qué ocultarte que te amo?

Y Margarita, sonrojada é inquieta, volvióse, y miró hacia atrás, como buscando á Juan y á Elena, pero en realidad para ver á la despreciable pareja que acababa de pasar: él desaseado, crecido el cabello, con el sombrerillo de paja echado hacia a derecha, raído el pantalón, blancos de polvo los zapatos; ella mal refajada, con una falda roja y una blusa azul, envuelta en un chal obscuro.

—¿Me amas?—preguntó Alfonso, radiante de júbilo.

—¡Ya te lo dije!—respondió la joven muy quedito, apoyándose otra vez en el brazo de su primo.

Oyóse un grito:

—¡Alfonso! ¡Vámonos!

En la curva de la calzada, cerca del zóche, esperaban Juan y Elena.

—¡Allá vamos!—contestó Alfonso.

Y los dos jóvenes, como dos chiquillos, echaron á correr hacia el carruaje.

El lacayo que venía en busca de ellos, se detuvo respetuosamente y dijo:

—Dice el señor. que ya es hora de regresar.



LIII

Al entrar en el coche, Margarita observó que Elena había llorado.

—¿Qué tienes?—díjole—Cualquiera diría que acabas de llorar.

Juan calló.

—Hemos recorrido una calle falta de sombra y el sol me ha hecho mal.

El carruaje salió del parque y entró en el primer tramo del paseo. Uno que otro transeunte en las calles laterales; más adelante un coche de sitio que volvía á la ciudad; cerca de éste un elegante cupé que, tirado por un soberbio tronco, avanzaba rápido y majestuoso, y en cuya caja charolada centelleaba el sol. Allá, á lo lejos, dejando ver los grandes monumentos del suntuoso paseo, las arboledas parecían estrecharse como empujadas por los palacetes colaterales.

Elena venía triste; Juan bromeaba a propósito de una frase de Margarita; ésta sonreía, y con su risa delicada disimulaba cierta penosa curiosidad que en su mente habían despertado los enrojecidos y húmedos ojos de Elena. Alfonso la miraba extasiado, jugando con los guantes, entretenimiento que era en él característico cuando no estaba triste.

—¿Y quién es esa amiguita á quien esperan ustedes?—preguntó Juan.

Se habló de Conchita Mijares. Elena dijo quién era, y con pocas palabras describió á la joven, y en pocos rasgos la dió á conocer á sus primos, los cuales manifestaron gran deseo de conocer á la muchacha.

Al pasar por el Hotel de Iturbide, Juan detuvo el coche.

—Las dejo aquí. Me esperan á comer unos amigos.... Pablo será de los comensales.

—¿Te vas?—dijo Elena.

—Hija mía:—respondió—las dejo muy á pesar mío.... pero un compromiso anterior me obliga á ello.... ¡Adiós!

Sonó la portezuela al cerrarse, sonó con ese ruido seco, sordo y aristocrático, que en las altas horas de la noche y en las calles silenciosas suele delatar al carruaje rico y hermoso; subió el lacayo al pescante, y el soberbio tren avanzó lentamente entre otros muchos, por la estrecha y concurrida calle. Paróse á poco, para dar paso á

un tranvía, cuyo silbato detenía á los transeúntes en ambas aceras. Un vendedor de flores ofreció su mercancía. Tomó Alfonso varios ramos de violetas, dió una moneda al rapazuelo, y ofreció á sus primas los ramilletes húmedos y fragantes cuyos aromas llenaron el interior del carruaje.

—Dame unas....—dijo el joven en tono de ruego á Margarita.

Ella separó algunas y las colocó graciosamente en la solapa de su primo, murmurando al ponerlas:

—“¡Honni soit qui mal y pense!”

Y agregó con viveza:

—Que nadie, al verte, recuerde la frase de Alfonso Karr!

Después de la comida se charló alegremente en la antesala, mientras se tomaba el café.

—¡Toquen!—dijo don Juan á María.

—¡Papá! ¿Te olvidas de que estamos de luto?

—No; pero.... ¿no ves que estamos en familia?

Y oyendo música se pasó casi toda la tarde.

Vino Ramón; pero en vano fué esperado Pablo. Había solicitado permiso para no ir al escritorio.

—Falta mucho tu hermano....—advirtió don Juan á Margarita. Su ausencia entorpeció mis negocios.... Hoy no he despa-

chado mi correspondencia. Dí á Lola que llame al orden á ese muchacho.

La joven se puso roja como una amapola. Elena se atrevió á contestar:

—Falta porque Juan no lo deja en paz.... Hoy se lo llevó á comer con unos amigos....

—Vaya con él, norabuena, pero después del trabajo.

—Ya se lo hemos dicho, tío: Juan es causa de todo.

—Déjate, muchacha, que bien me sé yo lo que es el tal Juanito. En París hacía lo mismo. Tenía yo un excelente secretario, y como Juan le traía de aquí para allá, tuve que despedirle y tomar un viejo, con quien mi señor don Juan no pudiera hacer buenas migas.... En fin,—agregó levantándose—¿no vais á recibir á vuestra amiga? Llevaos el coche, é idos con Ramón, porque con Pablo no contareis hasta mañana! Alfonso: ven conmigo al despacho... Te dictaré algunas cartas.

Salió el capitalista. Alfonso se despidió de sus primas, y se fué.

Doña Carmen y María montaron en un cupé. Ramón y sus hermanas se fueron en un landó. Eran las seis. A las seis y cuarenta llegaría el tren de Veracruz.

Al despedirse de sus sobrinas, díjoles doña Carmen:

—Traedme á vuestra amiguita. Si que-
reis el coche, pedídmelo!



LIV

Al llegar á la estación supieron que el tren llegaría con media hora de retardo. Dejaron el carruaje y fueron á pasearse por el andén, donde muchas gentes iban y venían, cansadas de esperar.

Ramoncito se encontró allí á varios amigos, paisanos suyos, estudiantes todos, que habian ido á recibir á sus parientes, los cuales venían á pasar las fiestas de septiembre.

Detúvose á charlar el chico, y mientras, Elena y Margarita llegaron hasta el extremo del andén.

El sol declinaba y por la región del Norte persistía aún leve claridad violácea. Resonaban á lo lejos silbatos de trenes y de máquinas, bocinas de tranvías, y de cuando

en cuando, á los rumores de la ciudad cansada venían á juntarse los ecos de no distante banda militar. Bandadas de gorriones cruzaban el espacio, y grato vientecillo refrescaba el ambiente caldeado por el día.

Detúvose Margarita á contemplar el panorama que tenía delante: el inmenso recinto de la estación; algunos edificios tristes y sombríos; una casa, con aspecto de granja, sombreada por altos chopos, cuyas hojas principiaban á caer, anunciando el Otoño; los muros leprosos de los barrios infimos; arboledas distantes, colinas remotas; el ocaso ignífero; una luz verde, la de la farola de un guardavía, que anunciaba la llegada de un tren. Entre los pardos edificios y sobre los follajes de un huerto cercano, brillaba aquella luz como una esmeralda caída en el negro balasto. . . . Pero la atmósfera era límpida, el cielo estaba despejado, y la última claridad solar inundaba apacible los espacios.

Margarita respiró ampliamente, como aquel que deja estrecha habitación y sale á gozar de la frescura de un jardín.

Miró la vía que como cinta férrea se iba y se alejaba, y pensó en Pluviosilla; en las amigas que allí había dejado; en aquellos campos siempre verdes; en los años que allí había vivido; en su alegre niñez; en su tranquila juventud; en su primera impresión amorosa. Y se acordó de Alfon-

so, y pensó entristecida en aquel joven á quien había amado, en aquel estudiante inteligente y amable, que un día dejó la tierra natal para venir en busca de ciencia y de fortuna, y que había naufragado, como tantos otros, en el pantanoso lago de la gran ciudad, en la charca infecta en que perecen tantas y tantas almas generosas, dignas de altos y felices destinos; pensó en aquel mancebo infeliz, á quien había visto ese mismo día envilecido, repugnante, degradado, en compañía de una mujer infame. . . .

El pensamiento de la joven varió de objeto repentinamente: dejó las alegres memorias de lo pasado y las tristezas de una ilusión perdida, y volvió á lo que más cerca tenía.

—Dime, Lena:—dijo dulce y cariñosamente Margarita—¿por qué lloraste esta mañana en Chapultepec?

—Se te ha ocurrido eso,—replicó la cequezuela contrariada por la pregunta—y nadie te lo quitará de la cabeza. . . .

—Habías llorado, Lena. . . . Tus ojos estaban rojos y húmedos. . . .

—No había llorado. . . .

—No debes ocultarme nada. . . . ¿Qué mejor amiga que yo? ¿No te inspiro confianza?

—¡Por Dios, Margarita! ¡Piensa que me apenas y me acongojas!

—Lena.... No puedo callarlo más...
Tú has correspondido al amor de Juan....

—¿Yo?

—Sí.

—¿Quién te ha dicho eso? ¿Alfonso?

—No. Lo he comprendido yo. Esos amores, Elena, van á ser tu desgracia.

—¿Por qué?

—Porque sí.

—¿Creés que Juan es malo?

—No sé si es malo ó si es bueno; pero creo que en esos amores no está tu felicidad!

—Pero, por Dios, Margot, qué cosas se te ocurren.

—Habla de eso á mamá.

—No le hablaré de ello.

—Harás muy mal. Yo le diré todo.

—Y yo le diré que Alfonso te enamora.

—Lo sabe ya.

—¿Lo sabe ya? ¿Quién se lo dijo?

—Yo.

—¿Tú?

—Sí. Y ahora le diré algo más.

—¿Qué cosa?

—Que hoy he dado mi corazón á Alfonso.

Sonó la campana anunciando la llegada del tren, sonó la locomotora, y la multitud corrió á colocarse en el hangar.

Ramón vino á reunirse con sus hermanas.

—Quédense aquí. Yo buscaré á Conchita.... y la traeré.

Llegó el tren, y á poco la señorita Mijares entraba en el landó con sus amigas.

—¡Pero, muchachas, muchachas,—exclamaba—qué lujos son éstos! ¡Si tenéis un tren digno de un príncipe! ¡Cómo me gustan á mí estas cosas!

